

EL SIGNIFICADO DE *ÍNSULA* EN LA CULTURA Y LA FILOSOFÍA ESPAÑOLAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX (1946-2000)

Un puente con el exilio¹

JOSÉ LUIS MORA GARCÍA

UAM

1. La fundación de una revista

Si pudiera hacerse coincidir a un país entero con las páginas de una revista podríamos pensar que España, de haberlo hecho con el espíritu de *Ínsula*, habría sido un lugar habitable para todos, incluso en los primeros años de la posguerra.

Enrique Canito (Granada 1902-Madrid 1992), un antiguo discípulo de Pedro Salinas en la Universidad de Sevilla², que había hecho un lectorado en Toulouse (1929) y conocido así de primera mano la cultura francesa y, concretamente, el mundo de las revistas, lo que sería muy importante para el diseño de la propia *Ínsula*, fue su fundador. En tiempos de la República fue llamado por su maestro a la secretaría de la Universidad Internacional de Verano de Santander para, a continuación, ingresar en la enseñanza secundaria durante 1934 y terminar siendo represaliado y separado de su cátedra³. Tras intentar otros proyectos abrió en 1943 una librería, con ese nombre de amplias resonancias y fuerte simbolismo en nuestra literatura, en la calle del Carmen, en Madrid, y tres años más tarde inició la aventura de *Ínsula, Revista Bibliográfica de Ciencias y Letras*.

Junto a él, José Luis Cano (Algeciras 1911-Madrid 1999) es la persona imprescindible para entender el desarrollo de la revista. Era Cano un poeta que acababa

¹ “El significado de la revista *Ínsula* en la cultura y la filosofía españolas del último medio siglo (1946-2000)”, Melly del Rosario (Ed), *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo II*, Cuba, Ed. Feijoo, Universidad Central de Las Villas, 2006, pp. 79-112.

Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia: “El pensamiento filosófico español en las revistas filosóficas, científicas y culturales afines (1940-1980) (HUM 2006-02714/HIST)

² E. Canito, “Pedro Salinas, Profesor en Sevilla”, *Ínsula*, 74, 1952, p. 5.

³ Casi todos los datos biográficos y la pequeña historia que condujo a la fundación de *Ínsula* han sido expuestos en diversos momentos por la propia revista con motivo de distintos aniversarios o la publicación de números emblemáticos. Los principales colaboradores enviaban artículos glosando el significado de la publicación. Para estos datos iniciales resultan de interés: A. Núñez, “La pequeña historia (*Ínsula*, 1946-1970)”, *Ínsula*, 284-285, 1970, p. 24; A. Núñez, “Encuentro con Enrique Canito”; J.L. Cano, “Breve historia de *Ínsula*, 499-500, 1988, p. 1. Cuenta José Luis Cano que “la única motivación que daba el expediente era que Canito tenía ideas liberales y no iba a misa los domingos, lo que certificó el cura del pueblo.” Más tarde fue reintegrado y en las páginas de la revista se da cuenta de su última lección pronunciada en el I. B. “Isabel la Católica”, titulada, bien significativamente, “Apollinaire y un adiós”, 314-315, 2, 1973. Firma la crónica y el resumen de la intervención de Canito, Antonio Núñez.

No disponemos de ningún estudio de conjunto de la historia completa de la revista. Estos son algunos de los realizados que, o bien se circunscriben a los diez primeros años, o son aún excesivamente generales:

Anné van den Boch: “Los diez primeros años de *Ínsula*. Primera etapa (1946-1956)” (Tesina, Univ. de Amsterdam).

Antonio Guerrero, *La revista Ínsula en el contexto literario de su época. Primera etapa (1946-1956)*, 1996 (Tesis Doctoral dirigida por el Prof. Sánchez Trigueros. Universidad de Granada)

Abellán, L.M. “Los diez primeros años de *Ínsula*”, *Sistema*, 66, 1985, pp. 105-114.

Álvarez-Ude, C., “El significado de *Ínsula* en la literatura española contemporánea”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 618, diciembre 2002, pp. 7-17. Se trata del resumen de una lección pronunciada por quien fuera editor de la revista cuyo texto completo me ha enviado su autor, lo que agradezco muy sinceramente.

de licenciarse en Derecho y Filología al terminar la guerra (años 1942 y 1943 respectivamente), había fundado la colección “Adonais” de poesía (1943) y mantenía una excelente relación con los poetas del 27 desde su periodo malagueño cuando estudió el bachillerato⁴. Todos sus biógrafos resaltan la influencia de Emilio Prados pero también la de Luis Cernuda, Aleixandre, Altolaguirre, la del propio García Lorca y la de Juan Ramón Jiménez. Ubicado en la llamada generación de 1936 podríamos decir que él mismo fue, como lo sería la propia revista, un puente entre los que se tuvieron que marchar y los que se quedaron⁵. Durante treinta años ejerció como profesor del Instituto Internacional y fue bibliotecario de la empresa CAMPSA.

La dirección de Enrique Canito se extendió hasta enero de 1983 año que es sustituido por el propio José Luis Cano quien lo fue hasta el número de mayo-junio de 1987, momento en que tomó el relevo Víctor García de la Concha en el marco del proyecto de Espasa Calpe, propietaria de la revista desde 1983⁶. Con las incorporaciones de Antonio Núñez (1962) y Carlos Álvarez Ude (1973) éstas han sido las personas que, desde dentro de la revista, han mantenido la orientación de *Ínsula* hasta el número 667-668 (último de los estudiados) que pertenece a septiembre de 2002⁷.

Se trata, pues, de una revista muy longeva cuya vida comprende un periodo crucial de la historia de España y ha desempeñado en la cultura española un papel de enorme importancia. Así lo han hecho ver los no muy numerosos estudios de que disponemos hasta hoy, citados con anterioridad (Manuel Abellán, 1985; Guerrero

⁴ Hijo de un militar que apoyó el alzamiento franquista, fue, sin embargo, encarcelado durante seis meses al comienzo de la guerra en su propia ciudad al parecer porque los falangistas sabían de su militancia en la F.U.E. Luego se incorpora por su quinta al ejército en la llamada zona nacional cumpliendo el servicio militar en Sanidad, “siempre en hospitales”. Juan José Téllez Rubio ha escrito el capítulo IX de la *Historia de Algeciras* que coordinada por Mario Ocaña contiene una amplia biografía de José Luis Cano, t. 3, Diputación de Cádiz, 2001, pp. 241-62. El propio José Luis Cano se refiere a esta parte de su vida en *Los cuadernos de Velintonia*, recuerdos que le trajo el comentario del libro de Julián Marías, *Teoría del ensayo*: “Este ensayo de Marías me ha recordado mi experiencia personal de varios meses en la cárcel de mi pueblo al comenzar la guerra civil, por ser estudiante de la F.U.E.” Corresponde esta “anotación” al día 30 de junio de 1955. Barcelona, Seix Barral, 1986, p. 74. Este libro de apuntes de los encuentros entre los poetas e intelectuales resistentes al franquismo que se reunían en la casa de Aleixandre resulta fundamental para comprender la “intrahistoria” de tres décadas.

⁵ La figura de José Luis Cano está siendo, afortunadamente, estudiada en estos últimos años y su obra alcanzará en breve la proyección que se merece pues además de su aportación a la empresa intelectual de *Ínsula* que sería por sí misma suficiente, deben añadirse, de su parte, una importante obra de crítica literaria y su contribución a la fundación de la colección “Adonais” (1943).

Mainer, J.C., “José Luis Cano en su *Ínsula*”, *Almoraima*, 22, octubre, 1999, 37-47.

Guerrero, A., *José Luis Cano. De “Sonetos de la Bahía” a “La España de Bonafoux”*, Algeciras, Fundación José Luis Cano, 1991.

El Ciervo, nº 442, 1987.

Cano, J.L., *Poesía Completa*, Algeciras, 2001.

⁶ En el momento del nombramiento de Víctor García de la Concha como director de la publicación, José Luis Cano fue nombrado Presidente del Consejo Editorial si bien con alguna reticencia por su parte. Desde el número doble 438-439 de mayo-junio de 1983 figura como *Revista de Letras y Ciencias Humanas*, regida por un Consejo Editorial del que formaron parte en ese momento: R. Gullón, J.L. Aranguren, F. Ayala, J.L. Abellán, L. Bonet, A. Amorós, C. Bousño, J. Campos, J. Siles, G. Carrero, R. Conte, F. López Estrada y J.M. Bleuca junto a otros profesores que representaban instituciones extranjeras. El formato actual de la revista es de septiembre de 1988. Más crítico con los cambios se mostraba el profesor Mainer en su ponencia citada más arriba, p. 42.

⁷ Si hablamos de la importancia que esta revista ha tenido para la filosofía debemos recordar, entre los primeros colaboradores, a Manuel Cardenal Iracheta, catedrático de Filosofía del I. B. Miguel de Cervantes; al propio Zubiri, citado por Canito, quien en sus visitas a la librería en busca de libros extranjeros también le animó a la aventura y, finalmente, a Julián Marías del que hablaremos más adelante.

Rodríguez, 1991 y 1996; Mainer, 1999; Carlos Álvarez, 2001; Téllez, 2001). La mayor parte de las referencias sobre la revista la encontramos en los estudios y biografías que se hacen de la vida y obra de José Luis Cano. Cuentan, sin embargo, con la enorme dificultad de reducir a pocos parámetros una riqueza que tiene su principal virtud, precisamente, en la resistencia a la sistematización de una aventura intelectual que nació para ser vista en toda su complejidad, frente a los intentos de simplificación de la cultura oficial. Analizar una revista de 60 años de vida que ha salido mes tras mes (excepto 1956 en que fue suspendida) es contemplar el paso del tiempo en todo aquello de que habla: poesía, novela, teatro, ensayo, crítica, cine, filosofía y ciencia en sus abigarras relaciones, con las firmas de personas dispersas por medio mundo a las que se puede relacionar por medio de este proyecto cultural común.

2. Cultura y Filosofía en *Ínsula*: el valor de una revista

Así pues, ahí radica su principal significación: el deseo de cumplir una finalidad que se asienta en una fe inquebrantable en el poder de la escritura para suturar lo que otras armas habían desgarrado. José Luis Cano, como ha dicho Mainer, tenía una enorme fe en la literatura, aprendida en Emilio Prados, Lorca, Guillén, Aleixandre y tantos otros y la puso al servicio de un proyecto cultural que tenía una meta moral y política: la reconstrucción de España.

“Su fe en la literatura –nos dice Mainer– era enorme. La concebía como la más alta expresión de la vida humana y como el lugar casi físico donde podían encontrarse los cómplices de aquella fe. Escribir, leer, leerse los unos a los otros eran los sacramentos, rigurosamente laicos por supuesto, de aquel ejercicio de autodescubrimiento, reconocimiento y fraternidad”⁸. Por ello el valor radical que *Ínsula*, como expresión más consumada de esta convicción realizada a lo largo de años y diversas circunstancias, coincide más con la idea de reconstrucción y de unidad que con la idea de “resistencia cultural” aunque fuera también esto⁹ y así se percibiera inevitablemente por sus protagonistas durante más tiempo del deseado. Probablemente el concepto de “insularidad” de tantas resonancias en nuestra historia, como decíamos, hiciera mención a esa concepción que María Zambrano expresara con referencia al Galdós isleño cuando le calificó de “don del océano”, es decir, alguien que, ante una crisis que le expulsa al exilio de manera trágica o pacíficamente, se repliega para soñar “la paz oceánica, es decir, sin fronteras”¹⁰. Resistencia inicial, pues, mas con afán de superar la actitud individualista o excluyente. Su espíritu en la España de 1946 bien puede considerarse opuesta al talante de los vencedores en la idea que expresara

⁸ C. Mainer, o.c., 37.

⁹ Domingo García-Sabell expresa ese espíritu de la revista a favor de todos excepto para los “menesteres del falso intelectual, y mucho menos a los bajos oficios de la propaganda sectaria” (*Ínsula*, 435-436, 1983, p. 16). Algo similar había mantenido la propia revista en la sección “La Flecha en el Tiempo”: “*Ínsula* aspira desde su primer número a ser un ámbito, todo lo modesto que se quiera, de convivencia en nuestro arriscado ruedo ibérico. Es decir, todo lo contrario de un recinto con bandera sectaria y partidista. Dentro de ese ámbito de inteligencia literaria y del pensamiento, caben las más distintas posiciones, que nosotros respetamos que estén expuestas con mesura y honestidad.” n° 147, 1959. La experiencia de quien ha entrado en la “casa de la resistencia cultural” es mantenida explícitamente por Álvarez Ude. o.c., p. 7.

¹⁰ M. Zambrano, “Un don del océano: Benito Pérez Galdós”, en M. Gómez Blesa (editora), *Las palabras del regreso. (Artículos periodísticos, 1985-1990)*, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 123.

Aranguren algunos años después: “Los españoles –también los intelectuales españoles– estábamos divididos. La guerra civil consumó esta división, pero no nos separó”¹¹.

El instrumento empleado fue la palabra. *Ínsula* es, antes que nada, una revista de libros, palabra de palabras, diálogo en la cercanía o en la distancia, tejido envolvente que no busca la especialización parceladora y gremial sino la reconstrucción de la sociedad en base a la palabra y a la letra. Y, por lo menos, hasta los inicios de los setenta esta orientación se mantuvo nítida y como trazada con regla y cartabón.

A partir de este juicio de conjunto se pueden analizar más detalladamente las consecuencias que se derivan en todos los órdenes, desde el moral y el político hasta el epistemológico y disciplinar pues ningún saber queda fuera de esos efectos. En un primer plano se optó por mostrar en la práctica que la convivencia era posible y para ello la revista era el escaparate que servía para visualizarla y desarrollarla. El segundo plano mostraba a la ciencia, pero más aún a la literatura y a la filosofía, formando parte de un mismo núcleo que aun siendo heredero de Ortega no le hacía mucho caso en aquello de “se hace literatura o se hace precisión o se calla uno”, pues *Ínsula* optó por hacer literatura precisa con lo cual se excluía el silencio pero, además, perfilaba una trayectoria que al no desviarse de la precisión hace difícil, francamente, saber cuándo estamos en la literatura o cuándo estamos en la filosofía. Por lo menos hasta bien avanzada la década de los sesenta la propuesta de *Ínsula*, en este ámbito, ofrece un material de reflexión ni mucho menos agotado para nosotros.

La revista, por tanto, tomó una orientación muy clara: mostrar la plural España interior en el sentido de unir firmas en torno a un espectro ideológico que permitiera la convivencia –rehumanizar en el sentido apuntado por la estética ya antes del 36– y presentar estudios sobre el conjunto de las letras peninsulares donde Cataluña y Galicia tuvieron lugares preferentes. En este sentido, la tarea de unificación de los tiempos anterior y posterior a la guerra civil guió todos los esfuerzos desde los primeros momentos y lo mismo puede decirse de la presentación de los trabajos más valiosos realizados por españoles en todos los campos del conocimiento y en un espectro ideológico lejano al monolitismo pero clara e inequívocamente frente a la dictadura. Y una apuesta por la España que no estaba en España. Era la España de la “emigración”: Aranguren, 1953; “fuera de España”: Marra López, 1962; “en América”: Abellán, 1966, del exilio en definitiva, que tuvo presencia continuada y destacadísima desde bien temprano en la revista.

Así pues, frente al modelo de unidad por reducción, ejecutado por los vencedores de la guerra, el grupo aglutinado en torno a este proyecto trató de recuperar pronto la presencia de otro modelo que no por ser plural debía disgregar. Para Carlos Álvarez este apartado relacionado con las letras peninsulares, tanto en el apartado de difusión como en el de la traducción, bien en la propia revista o en la editorial que la acompañaba, merece especial atención. En un momento en que estas lenguas no estaban reconocidas, *Ínsula* publicó dos números monográficos dedicados a las Letras Catalanas y a las Letras Gallegas¹². Junto a estos parámetros nacionales –la necesaria unidad de lo fracturado– las referencias internacionales: Europa e Hispanoamérica. La información sobre las producciones culturales francesas e inglesas (principalmente) pero también de Portugal han merecido en la revista una notable atención desde sus comienzos. Así la

¹¹ En ese resquicio que deja la lucha se situó *Ínsula* con espíritu de mediación. J.L. Aranguren, “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38, 1953, p. 123.

¹² El número dedicado a las Letras Catalanas cuya impulsora fue Paulina Crusat, fue el 95 (1953); a las Letras Gallegas se dedicó el número doble 152-153 en 1959. En este número Vidán Torreira publicó un artículo sobre “La raíz gallega del Pensamiento de Amor Ruibal, p. 6.

presencia de América Latina comienza en el número 1 con un artículo de Lafuente Ferrari¹³, continúa Julián Marías al año siguiente y, a lo largo de todos los años de vida de la publicación, los escritores de América Latina han tenido una presencia sobresaliente, tanto los más conocidos, Rubén Darío, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, García Márquez, Cortázar, Borges, Neruda, Rulfo, César Vallejo, Roa Bastos u Octavio Paz. Entre ellos siempre ha habido un espacio importante para la figura de José Martí¹⁴, así como para algunos otros conocidos a través de la prolífica pluma de Guillermo de Torre cuya extensa obra demanda ya una monografía.

Esta difusión de la cultura hispanoamericana ha culminado con números monográficos sobre Venezuela, Cuba y Puerto Rico y México. No quedó, ni mucho menos, ajeno el mundo norteamericano y puede decirse que *Ínsula* ha sido uno de los principales soportes sobre los que se ha construido el enorme movimiento que conocemos como “hispanismo”¹⁵. Quizá *Ínsula* ha sido la revista española más comprometida con el gran movimiento que conocemos con este nombre y uno de los objetivos buscados por los propios fundadores como ponía de manifiesto Canito en la entrevista concedida a Antonio Núñez con motivo del vigésimo quinto aniversario¹⁶. Me atrevería a decir que casi lo que es hoy el hispanismo hubiera sido imposible sin el espíritu que impulsó y mantuvo *Ínsula* como movimiento interdisciplinar que diluía las especialidades (historia, literatura, la misma filosofía...) en una que no figuraba en los nomencladores y que se denominaba “España”. En esa “materia” de estudio encontraban su común sintonía el deseo de conocimiento con la voluntad de comprensión y el amor a lo poseído¹⁷.

El talante internacional tanto europeizador como americanista, bien lejano de cualquier estereotipo del pensamiento reaccionario, ha sido, pues, una de sus constantes. Autores como Descartes, Maritain, el propio Sartre o Simone de Beauvoir se unían en la revista con muchos de los nombres españoles del exilio. La situación en que se hallaba España no deriva en las páginas de *Ínsula* hacia un españolismo alternativo que pudiera excluir el conocimiento que representaba Europa. La formación francesa de Canito no deja de notarse y las noticias sobre la vecina nación aparecen desde el primer año y nombres como Gilson, Marcel y los propios Sartre y Simone de Beauvoir eran familiares para los lectores. En el número 8 de 1946 la revista abría con la conmemoración del 350 aniversario de Descartes¹⁸ en un homenaje a la razón moderna

¹³ “Sobre el libro argentino”, 1, 1946.

¹⁴ Todos estos nombres no sólo han sido objeto de estudio sino que sus firmas han figurado al pie de muchos artículos, dotando a la revista de una calidad grande y, como señala Carlos Álvarez, “afianzando esos lazos de unión cuyo exponente principal era, y sigue siendo, la lengua común”. Las referencias a José Martí son numerosas culminando en el número monográfico, 428-429 de 1982. Con anterioridad Abellán le había dedicado un artículo en el número 259 de 1968.

¹⁵ A este apartado dedica Carlos Álvarez el último apartado de su intervención no sólo como referencia a lo ya hecho sino como proyecto en marcha, o.c., pp. 15-17.

¹⁶ “La pequeña historia...o.c., nº 284-285, 1970.

¹⁷ Superadas muchas circunstancias, el hispanismo hoy está vinculado sobre todo a la lengua que hablamos en España, Hispanoamérica y que se enseña en tantos y tantos departamentos universitarios del mundo entero. La *Ínsula* de los últimos quince años ha ido girando hacia esta nueva orientación más profesionalizada y eso no ha sido siempre entendido. Es casi imposible mantener la misma alma a lo largo de una vida tan larga sin adaptarla a las nuevas condiciones.

¹⁸ Emile Henriot, “En el 350 aniversario de Renato Descartes”, 8, 1946, p. 4. Canito recibió siempre el apoyo del Director del Instituto Francés en Madrid, Paul Guinard; la propia revista se inspiraba en los boletines bibliográficos franceses y esa presencia de “lo francés” es manifiesta en la revista. Concretamente en el nº 7 Roger Giron publicaba un breve artículo titulado “Las nuevas revistas literarias francesas” que terminaba con las siguientes palabras que expresaban una clara sintonía con los propósitos de *Ínsula*: “Por lo menos, la rápida ojeada que acabamos de echar nos ha permitido comprobar que hoy,

que adquiriría especial relevancia en aquellos años. Mas no sólo Francia pues la sección “Carta de...” llegaba también desde Inglaterra, Alemania o Estados Unidos con una red de corresponsales que ofrecía a los lectores españoles información de primera mano sobre libros y actividades culturales, científicas o filosóficas. Destacable en este panorama es la atención dada a la cultura portuguesa con el artículo de Ángel Crespo “Fernando Pessoa y sus heterónimos”¹⁹. En la difusión de la cultura occidental las referencias al estado de la ciencia, reportajes sobre los premios Nóbel de las distintas disciplinas y países fueron constantes desde el primer número sin renunciar a referencias nacionales como la figura de Miguel Catalán, la medicina, etc., con secciones a cargo de Laín o Grande Cobián, en los inicios, que luego continuarían Faustino Cerdón y Eloy Terrón, recientemente fallecido²⁰. En modo alguno fue fruto de la casualidad esta presencia europea en la revista asociada a la racionalidad científica y ello parece hoy especialmente meritorio.

Por tanto, aquí cristaliza, en mi opinión, ese primer significado de la revista: rehumanización desde la estética (finalidad ética del arte a la que se alude en distintos momentos) en cuyo proceso se incluye también a la ciencia; y reunificación de España superando cualquier nacionalismo de vuelo rasante en el contexto de una concepción de la cultura al tiempo normativa y plural, respetuosa con las tradiciones y cosmopolita.

El segundo significado, derivado del anterior, tiene que ver más directamente con su compromiso con la filosofía. Para los historiadores del Pensamiento Español *Ínsula* debe ocupar un lugar relevante al estudiar la Filosofía de la segunda mitad del siglo xx. Desde su vocación de “universidad abierta”, esta revista fue muy sensible a la filosofía que resultaba excluida de la universidad real en los años 40 y 50. La orientación que tomó desde sus orígenes puede resultar hoy discutible para algunos sectores de la filosofía académica (aun no siendo una revista profesional de la filosofía), vistos ya con alguna distancia aquellos años²¹, pero lo más cierto de todo es que, sin lo escrito en sus páginas, es imposible entender la filosofía española del último medio siglo, al menos en estos seis puntos:

1. Podemos considerar, primero, la difusión del orteguismo que se refiere no solamente al pensamiento de Ortega, propiamente dicho, sino a toda la atmósfera que su figura generó. La revista es, sin duda, hija de lo que Ortega supuso en la cultura española, tanto a través de la recepción directa por parte de algunos de sus más significados discípulos que más han publicado: Julián Marías, en primer lugar; y a continuación Aranguren, Laín y luego Muguerza o José Luis Abellán, sin olvidar a

como ayer, Francia tiene revistas que la expresan íntegramente y que honran las tradiciones de cultura, a las que sigue más adscrita que nunca.”

¹⁹ Aparece en el número 134 (1958). A este artículo siguieron otros que culminaron en el monográfico dedicado a las Letras Portuguesas, 296-297 (1971). Incluía un artículo de Joel Serrao, “Nota breve sobre el pensamiento filosófico portugués actual”, p. 4. Junto a la nómina de los nombres más relevantes resultan de interés algunas reflexiones para el diagnóstico que hemos compartido los dos pueblos peninsulares.

²⁰ En el mismo número G. S. Vázquez hablaba sobre “Matemática y Filosofía (En torno a un libro de Bertrand Russell)” y Laín comentaba en “Más sobre la Ciencia Española” la *Historia de la Obstetricia y Ginecología* que había publicado dos años antes Usandizaga. Faustino Cerdón publicó cuatro artículos en los números 168 (1960), 185, 187, 188 (1962); Eloy Terrón, por su parte, publicó cinco en los números 167 (1960), 171, 172, 175 (1961) y 184 (1962).

²¹ A pesar de ello podrían catalogarse más de 200 artículos publicados acerca de cuestiones filosóficas de distinta índole sobre autores o cuestiones que se iban suscitando al hilo de libros publicados que la revista en ocasiones reseña pero, en otras muchas, comenta hasta presentar su propio punto de vista sobre los diversos enfoques.

Paulino Garagorri y algunos de los pensadores del exilio que se abrieron un hueco en sus páginas, como luego indicaremos. También a través de un seguimiento menos academicista, pero de enorme seriedad, entre otros del propio José Luis Cano, autor de dos secciones que marcaban la línea editorial: “La Flecha en el Tiempo” y “Los libros del mes”. A lo largo de tantos años Ortega figura como tema en sesenta artículos²² y en los números 48 (1949) y 119 (1955) se publicaron textos del propio autor.

La revista siempre hizo profesión de orteguismo desde el número 32 (1948), primer homenaje a Ortega, que incluye el artículo de Julián Marías “Encuentro con Ortega”. Esto marcó en buena medida la orientación que la revista habría de seguir con el apoyo de Garagorri en la sincera creencia –fruto de la circunstancia– de que la filosofía española se había iniciado con el propio Ortega. Esta convicción inicial se reafirmó al ser suspendida la edición de la revista con motivo del número que dedicó al filósofo madrileño en noviembre de 1955²³, precedido por un extenso artículo del propio Marías en el número de septiembre titulado “Realidad y ser en la filosofía española”²⁴. En él, Julián Marías sostenía claramente dos cosas: primero, que “la historia empieza, por supuesto, con Unamuno. Aunque –y yo he insistido largamente en ello– Unamuno no fue estrictamente un filósofo, aunque él personalmente amaba la arbitrariedad y la inconnexión, como la historia no las tolera, hay que partir de él si se habla de filosofía española en este tiempo”. Y, segundo, que “...donde el tema aparece inequívocamente y con todo el rigor es en Ortega; está preludiado a lo largo de su obra, ya desde el primer libro”. Y el tema consistía en que “al interpretar la filosofía como algo que el hombre hace, Ortega tiene que preguntarse en qué consiste ese hacer humano que es preguntar” y en esa pregunta surge la relación del hombre con las cosas pues “vivir es, en efecto, hallarse entre las cosas y frente a ellas” como Ortega había afirmado en *El Sol* (18/1/1931).

Mainer ha situado esta marca orteguiana en el proceso de *rehumanización* que ya se apuntaba antes del 36 y en la que se inserta (también) la obra personal de Cano; sin duda que la esplendorosa cabalgada de creatividad auguraba unos años de reflexión crítica y de rumia interpretativa del pasado cercano, que fue también el trabajo acometido por el joven escritor algecireño²⁵. La filosofía de Ortega fue en *Ínsula* el fermento que puso en marcha una labor de reconstrucción de las relaciones necesarias para que el hombre pudiera regenerar el tejido que se había perdido en el 36²⁶. Hablamos, claro está, del tejido cultural que exigía acciones en todas las direcciones que se indicarán en los puntos siguientes y en el ya descrito más arriba. Los aspectos políticos y sociales de esa misma regeneración en su dimensión explícita quedan fuera de la revista excepto en la confianza puesta en que la palabra, la escritura, la literatura

²² La primera referencia fue el artículo de Julián Marías glosando la edición de las obras de Ortega en 1947. Aunque Zubiri es admirado también por las personas que hacen la revista, su obra recibe tan sólo cuatro artículos entre los años 1963 y 1981.

²³ N° 119 (noviembre de 1955). En casi todas las referencias hechas en números posteriores a la historia de la revista se recuerda esta situación que llevó a la suspensión de la misma durante un año entero. “En 1955 –cuenta José Luis Cano–, cuando murió Ortega, decidimos dedicarle un número homenaje, pese a que el Gobierno había dado consignas a la prensa de que sólo se dedicara al suceso un espacio breve y una pequeña fotografía. El número, que preparamos Marías, Canito y yo, llegó a salir, pero fue secuestrado inmediatamente. Cuando fui a protestar al director general de Prensa, que era entonces Juan Aparicio, justificó la suspensión diciéndome que *Ínsula* era una revista demasiado liberal y demasiado orteguiana, y que eso el régimen no lo podía tolerar.” N° 499-500 (1988).

²⁴ N° 117 (1955), pp. 1 y 9.

²⁵ Mainer, o.c., p. 37.

²⁶ Ricardo Gullón ha teorizado sobre esta generación a la que pertenecerían él mismo y José Luis Cano. Gullón ha escrito en *Ínsula* durante casi cuarenta años y muchos de sus artículos han sido claves en la orientación que siguió la revista durante todo ese tiempo.

entendida como letra y palabra, incluyendo, pues, a la filosofía, pudiera contribuir, en definitiva, a la acción “política” y “social”.

Quien más se significó en esta labor durante los primeros veinticinco años de la revista fue Julián Marías con sesenta y dos artículos publicados²⁷, muchos de ellos sobre la figura del maestro, especialmente el escrito con motivo de cumplirse los diez años de la muerte de Ortega que considero muy significativo y al que me referiré más adelante²⁸. Llegó Marías a tener una sección fija, “Plaza Mayor”, donde comentaba temas de actualidad, experiencias propias y atendía a las “cosas” en el sentido indicado. Además, estos artículos anticipaban buena parte de sus valoraciones sobre el siglo XVIII, periodo histórico al cual la revista prestó mucha atención y con bastante anterioridad a los muchos estudios publicados recientemente; lo mismo dígame sobre Hispanoamérica y sobre filósofos europeos. Desde luego para comprender la génesis del pensamiento de Julián Marías habrá de atenderse a su presencia continuada en esta revista.

Garagorri ha publicado menos pero su presencia es también notable si no por extensión sí por la oportunidad de sus apariciones²⁹ y así otros nombres provenientes directamente del mundo filosófico. La mención a José Luis Aranguren es obligada, igualmente, pues en *Ínsula* publicó 15 artículos³⁰ y, en mi opinión, su interés reside en lo que otros le han criticado: su sensibilidad hacia las zonas fronterizas de la filosofía avanzando cuestiones que la crítica y la teoría literarias desarrollarían tiempo después hasta definir un campo que en torno a Dámaso Alonso y Bousoño se denominó “Ciencia de la Literatura”³¹. Todo ello en el contexto de una fuerte preocupación por la naturaleza del arte que se tradujo en una obra importantísima de carácter teórico en la que fueron partícipes casi todos los autores del 27. Bastaría recordar a Salinas, Guillén y Aleixandre para corroborar esto. Y lo mismo puede decirse de la que algunos llaman Generación de 1936. Si bien cae un poco fuera de nuestros intereses, en este análisis, la fuerte creencia en la capacidad de la estética por mejorar todos los aspectos de la vida humana hizo que *Ínsula* se preocupara progresivamente de todas las artes, incluidas las visuales, de tal manera que es un marco de referencia para el conocimiento que ha seguido el cine en España, y lo mismo puede decirse de la pintura y de la escultura. La teoría, queda, así, enmarcada en las referencias históricas de las que se nutre y a las que trata de explicar.

Menor es la presencia de Pedro Laín quien publicó 6 artículos entre 1946 (el ya mencionado sobre la ciencia española) y el último en 1966 sobre “Melchor Fernández Almagro”³². Y lo mismo dígame de Maraño, autor de dos textos en 1946 y 1952 (este

²⁷ El primero llevaba por título “Paul Hazard. La crisis de la conciencia europea” (nº 5, 1946); el último, “Eduardo Mallea y la literatura hispanoamericana” (nº 286, 1970).

²⁸ “Cuando el futuro ha empezado ya”, nº 227, 1965, p. 1 y 10.

²⁹ Nueve artículos ha publicado Paulino Garagorri. El primero en el nº 14 (1947) comentando *La Nausea* de J.P. Sartre; el último en el nº 449 (1984) haciendo lo mismo con la edición de las Obras Completas de Ortega.

³⁰ Todos ellos publicados entre 1948, con el primero que dedicó a “Eugenio D’Ors y la filosofía” (nº 27), y 1989 en que glosaba la “Actualidad de Antonio Machado” (506). La revista le dedicó algunos artículos, a su vez, y a José Luis Cano no le pasó desapercibido el nombramiento como catedrático en 1955 (nº 120).

³¹ Dámaso Alonso publicó 7 artículos entre 1948 y 1959. El más significativo fue el que luego sería prólogo a la obra de Bousoño *La poesía de Vicente Aleixandre. Imagen. Estilo. Mundo poético*: “Hacia un conocimiento científico de la obra poética” (nº 58, 1950).

³² Nº 233. En el n. 91 (1953) José Luis Cano en la sección “La flecha en el tiempo” apoyaba un artículo publicado por Laín en el semanario barcelonés *Revista* contra lo que calificaba de “intento de mutilar el cuerpo cultural español criticando la intervención de Ismael Sánchez Bella quien había escrito un artículo titulado “La vida cultural española en los últimos diez años” y publicado en un volumen editado por la

último en un monográfico dedicado a Galdós) y, sin embargo, su presencia sirvió para publicar el prólogo a *La familia de Pascual Duarte* que había sido prohibido por la censura al ser considerado “altamente heterodoxo”³³.

Así pues, de una u otra manera Ortega está presente en las páginas de una revista que nos recuerda permanente los movimientos del catedrático que regresa de Argentina, que comienza a impartir los cursos en el Instituto de Humanidades o viaja a Ginebra a los encuentros de intelectuales, etc. José Luis Cano quien se declara muy próximo al pensamiento del catedrático de la razón vital e histórica, como le caracteriza en uno de los artículos, se encarga de ello en sus secciones permanentes.

Ínsula fue, pues, a mi entender el órgano de difusión del orteguismo interior.

2. Junto al pensamiento de Ortega, el de los exiliados³⁴. Pronto aparecen noticias sobre libros de José Gaos³⁵, sobre Ferrater Mora cuyas sucesivas ediciones del Diccionario son siempre comentadas³⁶, Joaquín Xirau³⁷ y García Bacca que merece un

argentina Universidad Nacional del Litoral. El interés reside en la sensibilidad que este grupo mostraba por lo que se llamaba la “España entera”.

³³ Canito cuenta en “La pequeña historia”, artículo ya mencionado, cómo se produjeron los hechos y el interés de Cela para que se publicara el texto, así como la visita realizada a Rafael Sánchez Mazas.

³⁴ Me refiero aquí únicamente al exilio filosófico pero en la revista tuvieron cabida casi todos y algunos de manera continuada. La figura de Américo Castro ocupó un lugar relevante con cinco artículos publicados con su firma y otros 19 estudios sobre su obra, incluido el número monográfico (314-315, 1973). En el campo literario Luis Cernuda y Emilio Prados fueron objeto de culto al tiempo que de estudio. Casi a su nivel Pedro Salinas (maestro de Canito), Altolaguirre, Larrea, Alberti...

³⁵ El nombre de Gaos aparece ya en el nº 49 (1950) donde se da a conocer su libro *Dos exclusivas del hombre: la mano y el tiempo* (De este libro contamos con la edición de Teresa Rodríguez de Lecea, autora también del prólogo: Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1998). En 1952 aparece información sobre la traducción de *Ser y Tiempo*; finalmente, en el nº 272 (1969) aparece glosada su figura en el momento de su muerte.

Especialmente relevante es el párrafo que le dedica José Luis Cano: “Finalmente insistiremos sobre uno de los aspectos más fecundos de su labor docente e investigadora, y es la atención prestada a la historia del pensamiento y de la filosofía hispanoamericana. En conformidad con la doctrina orteguiana de preocupación por la circunstancia inmediata, José Gaos al instalarse en México alentó y estimuló, a través de sus cursos y de sus escritos, la investigación y dedicación a tales temas. Y fruto de ello -aparte de sus propios trabajos- es la importante serie de monografías con que hoy contamos sobre “historia de las ideas” de los distintos países hispanoamericanos. En este sentido, la obra de Gaos ha puesto de manifiesto la existencia de un vínculo intelectual entre España e Hispanoamérica, nunca roto evidentemente, pero que él ha contribuido ampliamente a reforzar y enriquecer.”

³⁶ Sobre Ferrater publica Ramón Garcíasol una reseña en el nº 82 (1950) acerca de la tercera edición del Diccionario; luego será Aranguren quien comente su obra (nº 109, 1955); y será José Luis Abellán quien le dedique más páginas entre 1968 y 1971 en tres artículos; en 1980 aparece, con la firma de Luis Suñén, la última referencia al filósofo catalán. El propio Ferrater firma tres artículos, el primero de ellos ya en 1946 (nº 12), más adelante lo hará sobre Ortega y Zubiri. En el nº 236-237 (1966) aparece una “Entrevista con Ferrater Mora” firmada por J.R. Marra-López, figura muy importante en la recuperación del pensamiento del exilio, donde el filósofo catalán ofrece su visión no sólo de la filosofía española y la tortuosa recepción del pensamiento de Ortega, tras su muerte, sino de otros muchos aspectos de la vida española.

Especial cariño se tenía por este filósofo como puede deducirse de la mención que figura en *Los Cuadernos de Velintonia* ya citados: “He pasado el día en El Escorial acompañando al filósofo José Ferrater Mora. Primer asombro al conocerle: su juventud: 41 años, y aún parece más joven. Segundo asombro: he aquí que este joven filósofo posee un temperamento jovial, irónico, burló, y tiene para tema un comentario de humor o de ironía. Supongo que cuando hable de filosofía se pondrá serio, o quizá no. El día anterior habíamos comido con él, en El Púlpito. José Luis Aranguren, Enrique Canito y yo. Ferrater supo dar el tono de humor a la charla.” Anotación del día 9 de agosto de 1954, p. 62.

³⁷ Tres referencias han aparecido en los años 1965 y 1966 (nº 227,234 y 235) con una semblanza escrita por Calsamiglia y Maragall, un estudio del valor pedagógico de su obra publicado por Abellán y la noticia de la edición de su obra en la UNAM mexicana.

largo artículo de Pablo de Andrés Cobos, asiduo asistente a la tertulia de *Ínsula* y maestro a quien debemos unas excelentes crónicas sobre Machado y Blas Zambrano durante su periodo segoviano.

Será, no obstante, María Zambrano quien tenga una presencia más consistente en la revista. Hasta 12 artículos suyos merecieron la atención de *Ínsula*. El primero llegó con la recomendación de Luis Cernuda³⁸ y fue en fecha bastante temprana: 1952. Después se han publicado hasta 12 artículos de la propia filósofa³⁹ y hasta 9 artículos sobre su obra⁴⁰ y, siempre, las noticias más relevantes: la concesión del premio Príncipe de Asturias y su regreso a España en 1984⁴¹. No es gratuito que haya sido María Zambrano la filósofa del exilio que más presencia ha tenido en *Ínsula* pues su pensamiento encarna mejor que ningún otro lo que la revista quería ser y esa síntesis de poesía y razón era su expresión más consumada. Por lo que la poesía y la razón han simbolizado a lo largo de los siglos su maridaje no agotaba una cuestión puramente epistémica o de teoría literaria o de relaciones entre la filosofía y la literatura sino que adquiría relevancia en el plano moral y en el político. De tal manera que su preocupación por la necesaria reconstrucción de España se completaba con su proyección europea y americana. En este sentido la filosofía zambraniana, encarnada en su propia biografía, era expresión de la culminación del deseo e historia recordada puesta al servicio de una esperanza, por más que la primera apuesta hubiera resultado fallida.

Sobre la recepción de la obra de María Zambrano ya dediqué un amplio trabajo en el Congreso celebrado en Vélez-Málaga (abril 2004). Sin duda *Ínsula* ocupa un lugar destacado en ese proceso y ahí apareció la primera, aunque escueta noticia de la filósofa veleña⁴², seguida, pocos años después, de los primeros textos publicados. Después, en 1953 vendrían el artículo de Aranguren “La evolución intelectual de los intelectuales en la emigración” y la referencia de Adolfo Muñoz Alonso en el apartado de su *Expresión filosófica y literaria de España*⁴³.

³⁸ Será José Luis Cano quien, muchos años después, nos cuente cómo llegó ese primer artículo a la redacción de *Ínsula*: “Pero muchos años antes, en 1952, cuando nadie o casi nadie se acordaba de María Zambrano en España, había publicado *Ínsula* en su número de enero uno de los textos más bellos de María: *Dos fragmentos sobre el amor* que nos envió Luis Cernuda desde La Habana, donde entonces vivía la escritora malagueña. Al enviarnos el texto, Cernuda me escribió estas líneas: María Zambrano ha escrito cosas magníficas y es necesario que ahí se conozcan algunas, y vosotros sois los únicos en publicarlas.” (Nº 458-459, 1984). En realidad ya en el nº 12 del primer año de publicación de la revista salió la noticia de la publicación de *La agonía de Europa*. Debemos indicar que lo hizo sin reseña.

³⁹ “Lo que le sucedió a Cervantes” (nº 116, 1955); el “Don José” apareció en el número conmemorativo de la muerte de Ortega (nº 119, 1955) y luego lo han hecho otra serie de textos muy significativos del pensamiento zambraniano: “Fragmentos. De un inédito: *Ante la verdad*” (nº 134, 1958); “Nina o la Misericordia” (nº 151, 1959); “La pintura de Ramón Gaya” (nº 180, 1960); “Cuba y la poesía de José Lezama Lima” (nº 260-261, 1968) en el monográfico sobre Cuba; “Miguel de Molinos, reaparecido” (nº 338, 1975); “Acerca de la generación del 27” (nº 368-369, 1977); “Poeta, profeta Juan Ramón” (nº 416-417, 1981); “José Ortega y Gasset en la memoria. Conversión-Revelación” (nº 440-441, 1983) en el número conmemorativo del centenario; “Nuevas páginas sobre el amor: El enamoramiento. El pájaro del pensamiento” (nº 470-471, 1986) en el 40 aniversario de la revista.

⁴⁰ Especialmente significativo fue el largo comentario que le dedicó José Luis Cano en su sección “Los libros del mes” a propósito de la publicación de *Los intelectuales en el drama de España*.

⁴¹ El texto citado en la nota 35 comenzaba diciendo: “La última gran figura del exilio intelectual español, María Zambrano, ya está en España, reintegrada físicamente a su tierra pues espiritualmente nunca dejó de estar en ella. Cuando al llegar al aeropuerto de Barajas le preguntó un periodista qué sentía al volver a España su respuesta fue: “Yo nunca me he ido”.

⁴² Mora, J.L., “La recepción del pensamiento de María Zambrano”, *Actas del Congreso Internacional del centenario de María Zambrano*, t. I, Fundación María Zambrano, 2005, pp. 186-242.

⁴³ Aranguren, J.L., *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38, 1953, pp. 123-157; Muñoz Alonso, A., Barcelona, Juan Flor, 1953, pp. 133-34.

Podríamos señalar que, más o menos difusamente, *Ínsula* se movió en lo que podríamos denominar orteguismo exterior. Fuera de este marco sólo he encontrado alguna referencia a Sánchez Vázquez⁴⁴. En todo caso es imposible transmitir en pocas líneas la función unitiva desempeñada por *Ínsula* a través del océano. Los libros de Marra-López sobre los narradores y de Abellán, un poco después, sobre los filósofos, ambos en la editorial Guadarrama, que han servido de puente hacia la más amplia recuperación de los últimos años, son ambos hijos de la labor de *Ínsula*⁴⁵. Una lectura atenta de la introducción escrita por el propio Abellán para este libro así nos lo muestra. Podríamos decir, pues, que la revista contribuyó decisivamente al mantenimiento de la relación cultural, a lo ancho y lo largo del mundo, entre contemporáneos a quienes la guerra había dividido pero no alejados afectivamente o, al menos, no del todo.

En este sentido *Ínsula* cumplió esa función de puente que no puedo llegar a realizar la revista que con ese nombre, *El Puente*, pues esta no pasó de ser un proyecto frustrado. En la pormenorizada reconstrucción que ha realizado Francisca Montiel Rayo del complejo proceso que no llegó a culminar le ha sido obligado remitirse a la fundación de *Ínsula* como el intento de “atenuar en la medida de lo posible los efectos de la escisión cultural producida en 1939” y cómo esta revista fue “un primer órgano de expresión en torno al cual articularse”. Y añade la autora: “Con su actitud posibilista, *Ínsula* se erigió en inicial “cabeza de puente” entre las dos Españas, un puente en cuya difícil construcción participaron en la década de los cincuenta –al producirse el reconocimiento internacional del gobierno de Franco– destacados pensadores de las dos orillas⁴⁶.”

Ínsula se sumó a la efemérides de 1999 con un monográfico⁴⁷, con trabajos de carácter informativo muy notables como los escritos por Aznar Soler, quien desde su posición privilegiada como director del GEXEL (Grupo de Estudios del exilio literario) aporta información exhaustiva acerca de las etapas que ha seguido la recuperación de la cultura del exilio junto con los nombres y las publicaciones que han protagonizado este proceso. Junto a este, otros más regionales o sectoriales como los firmados por Ascunce para el conocimiento del País Vasco, Axeitos para Galicia Campillo para Cataluña, o, en otro orden, para el conocimiento en el campo de la poesía, el artículo de Valender.

Completan este número de la revista algunas reflexiones de mucho interés que vienen a cerrar el círculo de lo que ha significado *Ínsula* como puente. Así, el título de Blanco Aguinaga no puede ser más significativo: “Ir o volver o estar como en destierro”: Emilio Prados frente a los cantos de sirena⁴⁸” donde se refiere a los diversos papeles que desempeñaron “gentes del interior de España” al dirigirse a “gentes del exilio” proponiéndoles que volvieran a sus casas. El caso que considera más sibilino habría sido el de Cela con Emilio Prados que mereció del poeta malagueño una postura entre “la

⁴⁴ Dos artículos aparecen firmados por este filósofo en los nº 158 y 258 de los años 1960 y 1968, ambos sobre la estética marxista.

⁴⁵ Marra López, J.R., *Narrativa española fuera de España*, Madrid, Guadarrama, 1963; Abellán, J.L., *La filosofía española en América*, Madrid, Guadarrama, 1966.

⁴⁶ Montiel Rayo, F., “La revista *El Puente*, un frustrado proyecto de cooperación intelectual entre las dos Españas”, Alted, A. y Llusía, M (directores), *La cultura del exilio republicano español de 1939*, v. I, Madrid, UNED, 2003, pp. 199-218. En los dos magníficos volúmenes de Actas del Congreso internacional celebrado en 1939 hay otros estudios sobre la función realizada por las revistas que completan el aquí citado que tiene una relación más directa con *Ínsula*. Creo que, sin citarlo directamente, José Luis Cano se refiere a este proyecto cuando redacta su diario de 1 de diciembre de 1958: El objetivo sería publicar textos de aquí y de allá, entre ellos los que prohíba la censura franquista. Pero, claro es, habría que conseguir que la revista pudiera entrar en España, porque sin ello fallaría el objetivo principal. La baja del peso argentino es también un obstáculo, me dice Guillermo [de Torre]”, *Los Cuadernos de Velintonia*, Algeciras, Fundación José Luis Cano, 2002, p. 135.

⁴⁷ Nº 627, marzo 1999: “60 años después: Las literaturas del exilio republicano español de 1939”.

⁴⁸ *Ib.*, pp. 16-18.

callada por respuesta y las evasivas” hasta convertir *Signos del ser* en el centro de la “relación existente entre pensamiento poético y realidad cotidiana”, dialéctica entre el adentro y el afuera “que permite que el lenguaje le sea “revelado” a él en cuanto visionario”, o sea, que el poema muestra el nivel de enajenación que supondría caer en la tentación de la infidelidad con uno mismo en la que no cayó Emilio Prados. Una experiencia, por cierto, muy similar a la sufrida por María Zambrano respecto de su propio exilio como manifestó en diversas ocasiones. Una de las más sentidas e intensas se la manifestó a Pablo de Andrés Cobos en carta dirigida a este discípulo de su padre a finales de enero de 1969:

“Cuanta muerte. Cuanta ausencia, cuanto vacío. En “La tumba de Antígona” hay mucho sobre el exilio y todo desde él. No sé si te envié, creo que no, pues que no tuve separatas, mi “Carta sobre el exilio”. Debo tener alguna fotocopia. Mas te la enviaré más adelante, más adelante.

Entiendo todo, lo que me dices y creo que entenderás lo que yo te dijera, tan difícil. Pues que uno no tiene la culpa de que el principio de contradicción no rija las cosas de la vida, y el contradecirse, a veces, es la consecuencia, inevitable de estar diciendo la verdad, si es que la verdad toda puede decirse –y no me refiero al secreto ni al pudor–. Es que habría que ser Miguel de Cervantes, por ejemplo, para dar su reflejo. Hace falta el espejo, el espejo de la verdad: pensamiento, arte, gracia, inspiración, todo a base de una radical honestidad. Esta última no me falta, mas lo demás... Sí...”⁴⁹

Sabemos que Emilio Prados no regresó y que cuando lo hizo María Zambrano tampoco rompió esa dialéctica entre el interior y lo externo. En realidad, confesó, “yo nunca me he ido” pues sí es cierto que volvió físicamente –corporalmente– su interior nunca abandonó el exilio.

Estas posturas llevan a Blanco Aguinaga a las siguientes conclusiones que me parecen certeras: la primera se refiere al papel que jugaron los que califica como “aperturistas del interior de España”, a cuya categoría pertenecería el grupo de *Ínsula* de un espectro ideológico amplio. Para Blanco Aguinaga, estos intelectuales del interior “establecieron una comunicación bienintencionada con los intelectuales del exilio, [pero] el retorno de los exiliados era ya imposible”. La segunda abunda en la idea de unidad: “nunca perdieron la relación con el sentir de su *tribu*; relación profunda que, habiéndose establecido durante la guerra, continuó a lo largo de todo el exilio”. Las dos últimas se refieren a la “visión coherente del mundo que tienen los buenos poetas” y a la inevitable correspondencia que hay entre la poesía (incluida la más hermética) y la vida cotidiana. Y exilio no puede borrarla. Es más, seguramente la agudiza y la hace más hiriente.

Sobre esta misma idea versa el artículo de Francisco Caudet, “Mirando en la memoria las señales...”⁵⁰, quien, sobre este verso de Serrano Plaja, subraya la reducción a la vida interior como condición del exiliado sobre los versos de Prados: “Si miro dentro de mí,/lo que busco veo tan lejos,/que por temor a no hallarlo/más en mí mismo me encierro” o, de estos otros: “Remojo la memoria/con agua del destierro” para denunciar el

⁴⁹ Se conservan aún inéditas 39 cartas de María Zambrano a Pablo de Andrés. Fueron escritas entre 1957 y 1974 (las últimas dirigidas a su viuda tras el fallecimiento de Pablo de Andrés en 1973). En el momento en que fue escrita esta carta la correspondencia era muy intensa pues desde España Cobos tramitaba la pensión de Orfandad a favor de las hermanas Zambrano. Esta realidad del exilio ha sido desarrollada en profundidad desde distintos puntos de vista. José Luis Abellán la ha sintetizado con mucha hondura en su libro *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

⁵⁰ V. nota 47, pp. 18-20.

riesgo de que podamos realizar un acto de violencia contra esa memoria especialmente frágil al ser el único ámbito a que estaba reducida la condición del exiliado.

Estas reflexiones, ya en la distancia, no minimizan la función desempeñada por los intelectuales que se agruparon en torno a *Ínsula* pero marcan algunas diferencias en esa relación interior/exterior. Valgan estas confesiones de Aleixandre que conocemos por la pluma del propio Cano para corroborarlas: “para mi salir de España hubiera sido una catástrofe –me dice–. Y me alegro de haberme quedado aquí con los míos y mis amigos, y haber podido haber escrito aquí mi obra, en mi tierra, bajo el cielo de Castilla. Pienso como Federico, que confesó que no podría vivir fuera de las fronteras de su patria, y como Antonio Machado, que presentía que alejarse de España era para él la muerte, como en efecto ocurrió”⁵¹.

Mas creo que esta diferencia no supuso distancia entre el núcleo de la revista y los escritores del exilio. Sí, en cambio, se produjo con Ortega de quien María Zambrano le llega a confesar a Cobos en una carta ya tardía, 25 de enero de 1970, y tras un breve ensayo crítico, escrito por este contertulio fiel⁵² de *Ínsula*, que

“no he sido nunca “orteguista ni orteguiana” y bien claro está en mi conducta y en mi modesta obra. Discípula, sí, y le agradeceré siempre y lo diré siempre que al caso venga y a veces sin venir, lo mucho que le debo y lo muchísimo que España le debe, cosa esta última que tú antes afirmas que niegas. Tu visión de Ortega es limpia y límpida, dolorida. ¿Qué vamos a hacer? Se esperaba de él mucho porque mucho había dado, se esperaba eso que tú dices: algo esencial fuera en silencio y en obra filosófica que prometida y enunciada estaba, u otra cosa. No sé cómo no te he dicho lo muy doloroso que para mi fue el que no se quedase en su Estoril, si allí se encontraba menos mal. Pero todo está en esto: no aceptó nunca, nunca el exilio, ser exilado? ¿Que me va a parecer a mi que lo soy, no que lo estoy? Él a mayor abundamiento y más porque en la Guerra Civil guardó el silencio que guardó.”

Es decir, aquí sí se habría producido una fractura entre las dimensiones interior y exterior que creía haber compartido en lo que más había apreciado de su maestro, lo que ella definía como “caridad intelectual. No en vano lo que más había apreciado en Ortega había sido que “cuando se internaba en sí mismo irradiaba mayor claridad, como si entrase en un lugar luminoso”⁵³. El puente, en este caso concreto, había quedado parcialmente roto, pero justamente en la dimensión más esencial: la interior. La palabra, por así decir, se habría mostrado insuficiente. Se mostraba de esta manera la complejidad y lo delicado de la tarea como pudo comprobar el propio Aranguren en su visita a los exiliados.

3. Junto a esta labor metafórica de puente en el sentido geográfico, se hacía imprescindible la otra dimensión de la metáfora, esta vez en el sentido temporal, es decir, orientada a la reconstrucción histórica. Precisamente, los trabajos de carácter historiográfico han tenido en *Ínsula* un lugar destacado desde los inicios, con un cierto reflujo en la parte final de los setenta y con los matices que señalaré más adelante, pues esta orientación no desapareció en esos años en esta publicación, quizá a diferencia de otros ámbitos.

⁵¹ Cano, J.L., *Los Cuadernos...*, o.c., p. 144. Corresponde al diario del 21 de septiembre de 1959.

⁵² Cano, J.L., *Los Cuadernos...*, p. 186. Corresponde al 30 de septiembre de 1964.

⁵³ Zambrano, M., “Don José”, *Ínsula*, 119, 1955.

En esa recuperación el trabajo a favor del institucionismo y los institucionistas fue muy visible a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta con cincuenta y dos artículos donde Giner, Jiménez Fraud y Cossío gozan de las principales preferencias sin olvidar a Castillejo, Costa y otros. De ellos, siete los firma Pablo de Azcárate, sobrino de Gumersindo⁵⁴, con investigaciones de primera mano que le permiten ofrecer precisiones a los trabajos de Gómez Molleda o Cacho Viu. Los textos no se limitan al puro trabajo histórico sino que tratan de transmitir una corriente de simpatía por hombres que habían desarrollado proyectos y levantado instituciones (la Residencia de Estudiantes y sus actividades es la más recordada) de las que se sentían orgullosos frente a la propaganda iniciada por los sectores antiliberales y reaccionarios⁵⁵.

Junto a todo lo que significa esta reconstrucción para quienes habían vivido con Lorca, Machado, con herederos directos de la Institución, la reincorporación de la generación de 1868 y la del 98 con especial referencia en este caso (en el plano filosófico) a Unamuno es asimismo fundamental si se quiere entender a fondo el significado de esta revista. En relación con la generación de la Septembrina, *Ínsula* realizó una profunda revisión de autores como Pérez Galdós (65 artículos con el monográfico nº 82 de 1952 muy importante) cuya obra es objeto de estudio por parte de hispanistas, base de la más tardía pero amplísima tarea de recuperación efectuada desde comienzos de los setenta con la inauguración del I Congreso Internacional, los *Anales Galdosianos* que echó a andar Rodolfo Cardona en Boston, etc.; *Clarín* lo fue en menor cantidad (10 artículos) pues el ritmo de recuperación ha sido más lento pero también en la línea adecuada; y lo mismo puede decirse de Pardo Bazán y Valera⁵⁶.

Y si Ortega es la inspiración próxima en las páginas de *Ínsula*, Unamuno es la inspiración cálida y apasionada desde el recuerdo. He contado 101 títulos relacionados con su persona y su obra vistas desde todos los ángulos y perspectivas con una especial intensidad en las fechas conmemorativas⁵⁷. Sólo este punto merece una monografía para conocer adecuadamente la recepción del pensamiento del rector salmantino. En la revista se han publicado inéditos, estudios sobre su poesía, prosa, traducciones, comentarios sobre traducciones y se informaba puntualmente de los actos que sobre Unamuno iban teniendo lugar en muchas partes del mundo. Manuel García Blanco, José Luis Cano, Ricardo Gullón, José Luis Abellán, Blanco Aguinaga y otros han dedicado a Unamuno bastantes de sus colaboraciones en *Ínsula*⁵⁸.

⁵⁴ Podríamos señalar que toda la tradición krausista gozó del aprecio de *Ínsula*. Así, por ejemplo, no pasó desapercibido el centenario de la muerte de Sanz del Río que fue recordado por José Luis Cano en una larga semblanza de la que subrayamos estos pasajes: “Se ha olvidado ya por las jóvenes generaciones que el krausismo fue el impulso ideológico que llevó la libertad de cátedra en 1881 a decreto oficial con el ministro Alvareda y que los krausistas fueron quienes más hicieron por la modernización y el liberalismo en nuestro país.” (...) “Mas si se quiere hacer justicia a Sanz del Río, es necesario resaltar su efigie moral: la del intelectual honrado e incorruptible que, cuando le ofrecen la cátedra de ampliación de filosofía y su historia, decide posponer su nombramiento durante diez años...” (...) En cualquier aspecto -concluía Cano- que se considere, la gran figura de don Julián no es merecedora del impenetrable silencio en que se viene manteniendo”. (nº 277, 1968).

⁵⁵ En el nº 344 (1975) comentan uno de esos libros: “Confederación Católica: Una poderosa fuerza secreta. La ILE vista por sus enemigos”.

⁵⁶ Precisamente a Valera dedica Julián Marías un denso artículo titulado “Una tradición olvidada” (nº 151, 1959) que expresa la deuda que mantiene con su antepasado en la templanza con que ve la historia de España frente al “frenesí y la desmesura”.

⁵⁷ En 1954 (nº doble 100/101; en 1964, nº 216 con motivo de su centenario); y en 1986 (nº 481, al cumplirse el cincuentenario de su muerte).

⁵⁸ No quiero dejar de mencionar, por su interés y oportunidad, el largo y denso comentario firmado por José Antonio Mínguez sobre el libro de Nelson Orringer, *Unamuno y los protestantes liberales (1912). Sobre las fuentes de “Del sentimiento trágico de la vida”*, Madrid, Gredos, 1985, bajo el título “Unamuno y los protestantes liberales”, (nº. 481, 1986).

Se completa el interés por el 98 con la atención a la figura de Antonio Machado que ocupa el segundo lugar en las preferencias⁵⁹. Ganivet⁶⁰, Azorín y Baroja también cuentan en la nómina de noventayochistas que interesan a *Ínsula*⁶¹.

¿En qué fuentes bebe la revista para fijar su mirada sobre el pasado? En mi opinión hay un punto de partida en el artículo firmado por Julián Marías (nº 127, 1957) titulado “La Historia de la Literatura comienza a ser historia”⁶² donde pone como ejemplo la evolución que ha seguido la literatura en la confección de su historia y las dificultades que ésta va salvando y cómo, en lo que concierne a la filosofía, señala, lo “lejos que estamos de llegar a algo que efectivamente merezca llamarse una historia de la filosofía; como autor de un libro titulado así, tengo plena conciencia de ello, de que ese título –aun con esa viva conciencia– es una mera aproximación y de que habrá que esperar mucho –mucho tiempo o mucho talento y esfuerzo– para que la historia de la filosofía llegue a alcanzar auténtica existencia”. Para ambas disciplinas aboga, pues, por la necesidad de su construcción histórica que en el caso de la literatura ejemplifica en la *Historia de la novela en España en el siglo XIX* que acababa de publicar el profesor de la Universidad de California, José Montesinos.

Creo que la revista se involucró en este proyecto bajo la orientación de Menéndez Pidal y Américo Castro cuya presencia es creciente desde época muy temprana⁶³, sobre todo en el caso de este último con artículos de carácter doctrinal que merecen mucha atención en sus páginas. Sus nombres tienen que ver fundamentalmente con la revisión de la historia como ciencia y como ideología en esa orientación lingüística que si supera el positivismo en cuanto concepción doctrinal no por eso hace historia sin visitar los archivos. Mas el énfasis de aquello en que consiste el hombre individual y colectivo son sus producciones culturales y, principalmente, las que construye la lengua, es decir, la literatura popular y la culta y... la filosofía.

Y se proyecta la historia de España sobre esta concepción que está presente en *Ínsula*, a la que no sé si puede calificarse sin más de idealista si bien en cierta forma lo es. En todo caso era la concepción de un grupo de intelectuales provenientes de distintas disciplinas que, como subrayaré un poco más adelante, tenían en común su vocación por la escritura, es decir, que eran antes que nada escritores.

⁵⁹ En cuanto a número de artículos se halla muy lejano de la figura de Unamuno pero sí hay continuas referencias al significado de su persona y obra en otros muchos. *Ínsula* le dedicó un número monográfico (nº 506-507, 1989). Significativos el estudio comparativo “Machado y Heidegger” que firmaba Julián Marías en el *Suplemento de Ínsula*, nº 94; y el Juan José López Morillas, “Antonio Machado: ética y poesía” (nº 256, 1968) porque define los parámetros del interés por Machado.

⁶⁰ Sobre Ganivet se han publicado 16 artículos desde 1953 hasta 1998 y dos números monográficos: nº 228 (1965) y nº 615 (1998)

⁶¹ Para ser justos con el gran aprecio que por la historia de España tuvo *Ínsula* habría que citar aquí los muchos estudios referidos al siglo XVIII en tiempos en que era negado sistemáticamente tanto por la España más conservadora como por la progresista. Quizá los estudios de hispanistas franceses tan próximos a la dirección de la revista permitió no caer en los tópicos. Así Julián Marías adelantó aquí algunas de sus propuestas contenidas en *La España posible* y Aguilar Piñal publicó siete artículos entre 1960 y 1977 sobre autores y temas del XVIII.

⁶² Ocupa espacio en portada y termina en la página 3.

⁶³ Sobre Américo Castro hay publicados 19 artículos, el primero de ellos firmado por Ramón Garcíasol ya en 1950 (nº 57) bajo el título bien significativo “Un nuevo sentido de la historia”. De los demás yo subrayaría por su posicionamiento doctrinal los de Manuel Durán, “Américo Castro o la superación del positivismo” y el de Juan Marichal “Américo Castro y la interpretación de la historia”, ambos publicados en el monográfico 314-315 (1973). Por su parte, el historiador firmó 5 artículos entre 1967 y 1980 comenzando en 1967 con el titulado bien significativamente “Sobre el no querer entender nuestra historia” (nº 247 y la página inédita publicada en el nº 314: “España es primariamente aquello con que el español ha de contar” de eco bien orteguiano.

4. Muy importante me parece la sensibilidad que la revista mostró hacia la recepción de los modelos epistémicos basados en la racionalidad científica y su aplicación a las ciencias sociales, a la lingüística y la literatura, a partir de la segunda parte de los sesenta y sobre todo en la década de los setenta. Este punto necesitaría un estudio detallado pues me parece fundamental para explicar los juicios que se hicieron en esos años sobre las décadas de la posguerra (que a medida que vamos conociendo mejor toda la producción nos van resultando como más obsoletos por insuficientes) y, sin embargo, este análisis es fundamental para explicar el paso de la vinculación a las tradiciones (literarias o filosóficas) que hemos expuesto en el punto anterior y la apuesta, a partir de este momento, por modelos universalistas (matematización, formalización, estructuralismo, etc.) que se inician en los años de la transición económica y social ya con anterioridad a la muerte de Franco, si se toma esta fecha como la más representativa del inicio de la transición política. En este sentido son muy ilustrativos algunos artículos publicados en *Ínsula* con anterioridad a estas fechas y las orientaciones tomadas con posterioridad⁶⁴.

Vinculado a este problema está el que podemos considerar núcleo común que define el quehacer de la revista a lo largo de tantos años y que consiste en la preocupación acerca de la literatura misma –de la escritura– como forma de conocimiento y como instrumento para conseguir una mejor comprensión de la realidad y de los grandes temas humanos en el marco de una tradición española vinculada a las grandes obras clásicas y a la tradición liberal. Creo que a esta orientación *Ínsula* no ha renunciado en sus distintas etapas, incluida la actual pero no con el mismo espíritu y orientación muy vinculados hasta 1987 a la figura de José Luis Cano. Sin embargo, no pudo por menos de hacerse eco del estado de cosas en la segunda mitad de los sesenta y someter a revisión la que constituía su orientación básica. En este sentido hay dos artículos que marcan un cierto giro que no sólo tuvo que ver con la literatura sino con la filosofía y la ciencia. Me refiero al artículo, que con la firma de Hugo Friedrich y titulado “Estructuralismo y estructura en la ciencia literaria”⁶⁵, concluía con las siguientes afirmaciones: primera, que “no cabe arrogancia de método que sólo quiera dar validez a la exactitud en el ámbito de lo cuantitativo”; y, segunda, que “la ciencia literaria y el estructuralismo se encuentran alejados en el más imaginable grado.” A este

⁶⁴ Me parece muy representativa, en este sentido, la evolución de Javier Muguerza, autor de 9 artículos y dos cuentos (nº 113 y 123, 1955 y 1957) publicados entre los años 1952 y 1962 y comenzados con el titulado “El sentir de Europa en un poeta alemán” referido a Forestier (nº 108, 1954), luego continuados con otros sobre Kafka, Guillén y Thomas Mann hasta los dos últimos publicados que versan sobre Aranguren y Ortega. *La razón sin esperanza* está publicado en 1977 pero recoge trabajos escritos hasta diez años antes no muy lejanos al último artículo publicado en *Ínsula*. Sobre Javier Muguerza comenta José Luis Cano en *Los Cuadernos de Velintonia*, publicados parcialmente en *Ínsula*, lo siguiente: “Javier Muguerza, 17 años, poeta, sobrino de Antonio Carpentier. Habría que calificarlo como “el candor” intelectual. Ha publicado ya un libro de poemas, *Mi amigo Dios*, y me trae un artículo para *Ínsula* sobre un poeta alemán de hoy, George Forestier, a quien ha conocido este verano en Alemania. Me dice que quiere seguir la tradición de algunos poetas alemanes, que han sido poetas y filósofos a la vez”. Anotación del 16 de octubre de 1954, p. 65. A lo largo del libro encontramos detalles interesantes sobre las posiciones adoptadas por filósofos en el momento de la muerte de Ortega, la resistencia antifranquista, asistencias a los encuentros de Gredos, etc. El propio Javier Muguerza junto a Marra López dirigía en esos finales de 1955 una revista titulada *Aldebarán* que publicó un número conmemorativo de Ortega y de la que dice Cano: “Es un número valiente, en la línea de la juventud universitaria inconformista y contra el régimen. Por supuesto. El número ha provocado la furia del director general de Prensa, que ha llamado a Marra para hacerle un interrogatorio. Nos tememos lo peor: que suspendan la revista y les multen.”, o.c., p. 79.

⁶⁵ Nº 271, 1969. Traducción de un texto alemán previo.

artículo respondió Fernando Lázaro Carreter⁶⁶ con una defensa cerrada del estructuralismo lingüístico que vendría a corregir la orientación filosófica e histórica de las llamadas ciencias del espíritu. Seguramente esta apuesta por la razón científica – según el paradigma de la época– era una forma de corrección radical de la escolástica pero con ella se barría también la orientación a que me he referido con anterioridad. La parte positiva estaba en la creación de un clima que favorecía la recepción de las ciencias sociales y de la ciencia en general. A cambio se hacía muy difícil el anclaje histórico de las mismas, al igual que sucedía con la España que quedaba a la espalda, y no sólo de la más próxima, nacida tras la guerra, sino de toda la anterior. Hoy tenemos ya cierta perspectiva para valorar las consecuencias de un proceso que no fue ajeno a las transformaciones económicas, los planes de ajuste y de desarrollo que los llamados tecnócratas introdujeron en el funcionamiento de la sociedad española. Ahora bien, creo que *Ínsula*, que mostró sensibilidad por aquellos planteamientos, no abandonó básicamente su línea, como decíamos con anterioridad, lo que sí sucedió en otros grupos.

5 En relación con esto tendríamos una cuestión que afecta directamente a la concepción misma de la filosofía tal como se ha cultivado durante las dos últimas décadas: de la filosofía ensayística, ¿literaria?⁶⁷, por utilizar una expresión no del todo satisfactoria, a la filosofía científica. Podríamos decirlo de otro modo: de Unamuno y Ortega al estructuralismo y la filosofía analítica o, en general, de la racionalidad narrativa a la racionalidad científica (según el modelo de las ciencias naturales o el de las ciencias sociales, principalmente la Sociología) hasta la escisión de ese proceso que ha dado paso a la superposición de las dos racionalidades organizadas en dos áreas (o en tres o en cuatro según se analice) de conocimientos que parecen diferentes⁶⁸. La complejidad y los meandros de este camino hay que rastrearlos en varias revistas pero *Ínsula* es una de las más importantes para comprenderlo pues afecta también a la propia crítica literaria o a la teoría literaria (parte importantísima del trabajo de muchos de quienes escriben en la revista por más que bastantes sean principalmente creadores: poetas o novelistas).

Por lo que se refiere a la filosofía será un artículo de Julián Marías, titulado “Cuando el futuro ha empezado ya”, publicado al cumplirse los diez años de la muerte de Ortega⁶⁹, donde se detecte el cambio de paradigma. Podrá criticarse el diagnóstico que hacía Marías en ese artículo pero convendría releerlo treinta y siete años después y alguna lección de interés sobre la evolución de la filosofía en España podrá obtenerse. Sobre todo para corregir autocomplacencias, no recaer en reduccionismos y, sobre todo, para no despistarse acerca del lugar mismo de la filosofía.

⁶⁶ “Estructuralismo y Ciencia Literaria. A propósito de un artículo de Hugo Friedrich”, nº 275-276, 1969. Recuérdese que es el año de publicación del Libro Blanco, base doctrinal de la LGE de Villar Palasí e inicio de las reformas educativas de los setenta de clara orientación tecnocrática. Concretamente la enseñanza de la Lengua, la Literatura y las Matemáticas sufrieron un cambio muy profundo.

⁶⁷ Eugenio Frutos ofreció a lo largo de 10 años (1949-1958) y en 11 artículos, reflexiones de gran interés acerca de un tema que después ha venido a ocupar un lugar más central en la creación filosófica: sus relaciones con la Literatura. Podemos, pues, considerarle un pionero en este campo gracias a su buena formación filológica de cuya formación provenía.

⁶⁸ El decreto de áreas es de 1984 tras la aprobación de la L.R.U. durante el primer gobierno socialista. Ahí se consolidaba la división en dos grandes áreas: “Filosofía” y Lógica y Filosofía de la Ciencia”. Acompañadas de otras dos: “Estética” y “Filosofía del Derecho, Moral y Política” que luego ha sido, a su vez, dividida.

⁶⁹ N° 227, 1965, pp. 1 y 10.

Algunos años antes Ricardo Domenech había publicado dos artículos bajo el título “Una generación en marcha”⁷⁰. En ellos hacía algunos planteamientos acerca de la necesidad de revisar nuestra historia (toda esa historia reflejada en las páginas de *Ínsula*) y desde esa revisión optar por la superación. No fue esta propuesta la opción dominante en los años siguientes pero tampoco fue olvidada. Es más, creo que ha producido una línea de trabajo excelente en el campo literario tanto en la Teoría como en la Crítica y en la Historia. El nivel alcanzado por los artículos de Gullón, Salinas, Dámaso Alonso, Aleixandre, Bousoño, las reseñas de José Luis Cano, Gutiérrez Girardot, entre otros, han forjado en *Ínsula* una escuela cuyos estudios son imprescindibles para entender la naturaleza de la escritura literaria y por ello de gran interés para los filósofos. Estaríamos en esa frontera que denominamos Filosofía y Literatura y que tiene varias ramificaciones, unas vinculadas a la reflexión y la creación y otras más próximas a la historia de ambas.

Por lo que se refiere a este segundo plano y en el campo de la Filología ahí se han formado una serie de nombres que mantienen la investigación en un nivel de excelencia. Es imposible nombrar a todos pero directa o indirectamente han estado o están vinculados a *Ínsula* José Carlos Mainer, autor de 16 artículos entre 1966 y 1979⁷¹; Laureano Bonet, autor de un número similar de artículos sobre Ortega, sobre *Clarín* y sobre Galdós a cuya recuperación ha contribuido de una manera decisiva; González Herrán cuyos trabajos sobre la Pardo Bazán me parecen excelentes; Adolfo Sotelo Vázquez y sus trabajos sobre la novela del XIX y la generación del 98⁷², por citar solamente algunos de quienes están en plena producción científica. Desde un gran respeto por el texto literario todos estos autores no renuncian a tener en cuenta las aportaciones de otras disciplinas bien sea la filosofía o las ciencias sociales para contribuir a hacer lo que pudiéramos llamar “Historia de las Ideas” sin perder de vista el contexto en la producción del conocimiento pero evitando caer en cualquier tentación mecanicista.

⁷⁰ N° 162 y 163, 1960.

⁷¹ Ahí aparecieron sus estudios sobre la revista *Escorial* (n° 271 y 275, 1969) y una magistral reseña del libro de y Blanco Aguinaga, Puértolas e I. Zavala, *Historia Social de la Literatura española* Madrid, Castalia, 1978 en “Un antimanual: la historia social de la literatura española” (n° 391, 1979).

⁷² Casi todos ellos participaron en el Congreso de Toulouse que significaba la despedida de Y. Lissorgues como catedrático en activo. Los textos están recogidos en Y. Lissorgues y G. Sobejano (coord.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998. Tuve ocasión de reseñar este libro en *Sistema*, n° 161, marzo 2001, pp. 124-30.

La obra de Gonzalo Sobejano no pasó inadvertida para *Ínsula* y su libro, *Nietzsche en España*, fue comentado en la revista por Alberto Adell en un artículo con el mismo título (n° 259, 1968).

También Francisco Abad, siempre confeso discípulo de Menéndez Pidal, ha trabajado en esta línea de “Historia de las mentalidades” de la cual ha ofrecido algunas aportaciones en el Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana de Salamanca.

Otros historiadores como Francisco Caudet no han tenido una presencia tan permanente en la revista a pesar de ser autores de una producción extensísima. Sin embargo, puede considerarse que buena parte de ésta: recuperación de la novelística del XIX (Galdós en especial pero todo el naturalismo); el primer tercio del XX (*Las cenizas del Fénix*) y, concretamente, la recuperación del pensamiento republicano a través del trabajo sobre revistas, tanto de la guerra como del exilio, forma parte de manera muy destacada, en este punto, de la tradición de la revista. Y habría otra línea que ha trabajado más sobre el lenguaje, los recursos y las estrategias del lenguaje que en *Ínsula* dejó su excelente trabajo en el monográfico dedicado a Amado Alonso (n° 599, 1996). Me refiero al grupo que forman Antonio García Berrio y Tomás Albaladejo y los más jóvenes, Juan Carlos Gómez Alonso, José Manuel Cuesta Abad y Javier Rodríguez Pequeño. Sin renunciar a la historia (ahí están sus trabajos sobre la teoría literaria renacentista y barroca, Vives, Huarte de San Juan, autores del Siglo de Oro o Castelar más recientemente, por citar sólo algunos) ponen el acento en la dimensión teórica y en la elaboración de marcos de interpretación y de revisión de los textos literarios en toda su amplitud.

6. En el campo filosófico, y por lo que se refiere también al plano histórico⁷³, *Ínsula* explica bastantes de los caminos que han guiado la construcción en tiempo reciente de la Historia del Pensamiento Español. Aquí el puente ha sido decisivo.

El tiempo pasado por Canito en Toulouse le hizo muy sensible a la labor realizada en esa universidad, de tal manera que los trabajos de Alain Guy son reseñados con prontitud, y no menor es la presencia de algunas obras tempranas de Julián Marías en este mismo sentido de reflexión sobre la tradición española, como ya hemos mencionado a propósito de sus trabajos sobre el XVIII, sobre la tradición liberal del XIX, etc., y en general de todos los estudios a los que hemos hecho referencia y de manera especial la orientación de José Luis Cano en sus secciones “Los libros del mes” y “La Flecha en el Tiempo”.

Podemos afirmar con claridad que una de las tradiciones a las cuales están vinculados los historiadores del pensamiento español tiene que ver directamente con las aportaciones y el significado de *Ínsula* en casi todos los puntos desarrollados en estas páginas⁷⁴. E, igualmente, podemos afirmar que el eslabón clave en este punto es José Luis Abellán, autor de sesenta de artículos en la revista a lo largo de treinta años (desde 1960 hasta 1990) y redactor durante algunos de la sección fija “El ensayo y la filosofía”⁷⁵.

Desde un punto de vista temático Abellán ha escrito en *Ínsula* sobre todos aquellos asuntos que constituyen sus señas de identidad y en el recuento de títulos pueden encontrarse estudiados todos aquellos autores de los que ha recibido influencia: Unamuno, Ortega, los Xirau, Ferrater Mora, Gaos, Alain Guy así como sobre los principales escritores hispanoamericanos⁷⁶. Desde un punto de vista metodológico pueden rastrearse sus principales fuentes en toda esta tradición a la que es fiel la revista tanto en sus primeras décadas de apuesta por la literatura y su dimensión epistemológica⁷⁷ como en la mayor aproximación a las ciencias y su análisis de la realidad social a la que presta gran atención en varios de los artículos, en la segunda mitad de la década de los sesenta y los setenta⁷⁸. Y todo ello, y esta es la diferencia con

⁷³ Dejo ahora la filosofía propiamente dicha, cuestión a la que ya hice referencia, y en este sentido Ortega en los orígenes y María Zambrano, como culminación, son los referentes de la línea de *Ínsula*.

⁷⁴ Sobre las otras orientaciones J.L. Mora “La proyección de la *Historia del Pensamiento Español* en la Universidad”, *Revista de Hispanismo Filosófico*, nº 6, Madrid, UAM-UCM, F.C.E., 2001 pp. 33-52: “El seminario de *Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana: modernidad y tradición en Salamanca*”, *La Ciudad de Dios*, vol. CCXV, 2002, pp. 987-1041.

⁷⁵ En el nº 255 (1968) José Luis Cano en “La Flecha en el Tiempo” con el título “Una nueva rúbrica en *Ínsula*”: Filosofía y Ensayo” anunciaba esta sección con el fin de dedicar “una atención más sostenida a los libros de filosofía y de ensayo, cuya producción ha aumentado en nuestro país con ritmo creciente en los últimos años.” Más adelante anunciaba el nombre de José Luis Abellán como director de la sección. Durante el último periodo de la revista José Luis Abellán ha figurado en el Consejo de dirección.

⁷⁶ Quizá ha sido de José Martí de quien ha escrito con más admiración: “José Martí y el actual pensamiento cubano”, nº 260, 1968.

⁷⁷ Es interesante recordar el artículo dedicado a Buero Vallejo: “El tema del misterio en Buero Vallejo (Un teatro de la realidad trascendente), nº 174, 1960. O el publicado sobre la poesía antillana (nº 199, 1963) por citar solamente dos de los primeros pero en toda su obra el aprecio por la escritura es parte del espíritu que comparten quienes escribieron en *ÍNSULA* en la idea de que sin escritura no hay espacio humano.

⁷⁸ Ese periodo que coincide con su colaboración asidua en la revista es muy importante para entender la tarea que simultáneamente emprende esos años y que empieza a publicarse en 1979. Conviene recordar algunos de esos artículos: “Sobre la Filosofía de la Ciencia”, nº 291, 1971; “La Sociología crítica de Carlos Moya”, nº 296, 1971; “El “etnometodologismo” como filosofía”. En torno a la etnología y metodología de Gustavo Bueno”, nº 305, 1972; “La nueva sociedad (Sobre Amando de Miguel)”, nº 340, 1975; “Las aportaciones de la antropología cultural”, nº 354, 1976. No le pasó desapercibida la polémica

el trazado que inicia la filosofía en esos años desde el aprecio a la historia más próxima, es decir, la anterior a la guerra y los primeros estudios sobre el franquismo o sobre la escuela catalana⁷⁹ inicia su temprano aprecio por el exilio filosófico. Creo, sinceramente, que adentra sus raíces en el contacto y la sensibilidad de quienes asistían a la tertulia de la calle Carmen 9 y más tarde en la Gran Vía 29 que tuvieron su reflejo en la revista desde sus mismos inicios y que lejos de aminorar fue incrementándose con el paso del tiempo. En este sentido la reflexión sobre la historia misma jugó un importante papel incrementado por la polémica suscitada entre Américo Castro y Sánchez Albornoz que fue comentada con mucho detalle por José Luis Abellán⁸⁰. Con anterioridad, ya había escrito sobre Américo Castro⁸¹ y considero que sin ser un seguidor del insigne historiador exiliado en Norteamérica, Abellán ha sintonizado con algunos de sus planteamientos, por ejemplo, en cierta suavización del positivismo que por aquellos años derivó hacia una interpretación cuantitativa de la historia. Y, sobre todo, en el interés apasionado por España y su mejor tradición al margen de cualquier nacionalismo restrictivo.

Así pues, podríamos decir que Abellán compartió en *Ínsula* la apertura de miras en la comprensión del hecho filosófico no vinculado tanto a academicismos cuanto a la colectividad en cuya conciencia nace y a la que debe contribuir, y que así puede reconocerlo un lector atento. Para ello, al igual que Neruda en *Caballo verde para la poesía* defendió un tipo de poesía alejado de las pretensiones de pureza, la llamada “filosofía pura” vendría ser un campo aislado en el conjunto de la cultura cuya creación y desarrollo en las páginas de la revista no se entiende sino formando parte de la unidad de la escritura y en la proximidad del resto de lo creado y lo investigado. Sus trabajos sobre el exilio, tanto los más tempranos como otros que le han seguido: *El exilio republicano de 1939* (Taurus 1976); *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, coordinado con Antonio Monclús (Anthropos 1989), la ponencia presentada en el Congreso dedicado a María Zambrano en Segovia, “María Zambrano y el exilio. Valoración de un desgarró”⁸² hasta el publicado más recientemente, *María Zambrano, una pensadora de nuestro tiempo* (Anthropos, 2006), además de los citados anteriormente, responde a una sensibilidad que se forjó, en buena medida en torno a la revista. En concreto, para la recuperación de una buena parte de lo que Zambrano ha significado, los testimonios de Pablo de Andrés Cobos, ese fiel asistente a la tertulia, y singular confidente epistolar de María Zambrano a lo largo de 16 años, tras haberlo sido de su padre y de Machado otros tantos, han sido decisivas pues él nos ha transmitido información que se ha revelado fundamental para la comprensión de la obra y la persona de María Zambrano. Precisamente cuando José Luis Abellán cita en el capítulo dedicado a Zambrano en su libro de 1966 la figura de su padre, María Zambrano le dirá Pablo de Andrés en carta de 23 de marzo de 1967:

Sacristán-Bueno a propósito de la filosofía: “Polémica en filosofía. Su función en los estudios superiores”, n° 288, 1970. En general José Luis Abellán mostró en esta serie de artículos una gran atención hacia el gran debate que estaba produciendo en el mundo de la filosofía.

Estas reflexiones sobre libros se acompañaban de estudios sobre la propia realidad social, política y educativa española: la censura, la universidad, la juventud...

⁷⁹ “La filosofía jurídica (En torno a tres libros de Elías Díaz)”, “La escuela catalana: Xavier Rubert de Ventós” n° 327, 1974; “Ortega y Gaos”, n° 440, 1983; “El “caso” Bartolomé de las Casas”, n° 317, 1973; “El pensamiento anticolonial”, n° 336, 1974; y otros sobre Ganivet, sobre Unamuno, sobre Antonio Machado, etc.

⁸⁰ “Notas actuales sobre Américo Castro (En torno a la polémica con Sánchez Albornoz)”, n° 314, 1973.

⁸¹ “El laberinto del casticismo”, n° 267, 1969.

⁸² Incluido en Mora, J.L. y Moreno, J.M., *Pensamiento y palabra. En recuerdo de María Zambrano (1904-1991)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2005, pp. 51-62.

“El caso es que fue mi deseo darte las gracias de viva voz al leer en el libro de Abellán la página dedicada a mi padre y a la reparación filial de mi pensamiento. Gracias. Gracias porque es verdad, porque es así. Mi vocación no puede separarse de mi vocación de hija, del voto nacido y mantenido en lo más interior del espíritu y no sólo del simple cariño filial.”

Mas aquí María Zambrano añade una reflexión sin la cual no habríamos comprendido del todo la enorme importancia, radical importancia diría yo, de este puente que fue *Ínsula*. Ya no sólo porque mantuvo relaciones intelectuales que se proyectaban hasta estas relaciones personales sino porque impidió que se interrumpiera una tradición básica para entender la historia de España en su cara y su cruz. No se trata ahora de fijar si María Zambrano es más discípula de su padre que de Ortega o de establecer disquisiciones académicas más o menos finas sino de lo siguiente: para la filósofa de Vélez Málaga su padre encarnaba esa tragedia de una tradición española que se remontaba al siglo XVI, antes de que la modernidad hubiera estrechado las vías del pensamiento:

Gran parte de mi meditación sobre lo español especialmente, tiene como centro y no sólo como origen, el entender a mi padre, el querer reconstruirlo desde adentro; el querer encontrar un lugar del pensamiento del alma, de religión, donde su pensamiento hubiese podido encontrar forma objetiva, perdurable. Sé que no ocurrió eso —eso que a él le ocurrió, sólo a él; se que es algo de la tradición española desde que España se constituye en Estado. El que el pensamiento de esa clase o especie de personas no haya llegado a encontrar la forma adecuada en el pensamiento occidental es parejo a que en España, como vida, como sociedad, como Estado no la haya encontrado tampoco”.

Confesaba aquí Zambrano, ni más ni menos que la razón última de su exilio, “comenzado”, casi seguramente, cuatro siglos antes de haber nacido. Con anterioridad a conocer esta carta de Zambrano yo lo intuí en la semblanza que sobre su padre escribió en los años ochenta y un texto inconcluso del propio Blas Zambrano titulado “Columnas rotas”, título que necesita pocas aclaraciones⁸³. Ni más ni menos que sentirse exiliado antes de serlo. Cuando en *Delirio y destino* se plantea la necesidad de rescatar a los heterodoxos lo está haciendo por la exigencia de explicar tanto su propia vida como la de España.

Pablo de Andrés, el interlocutor de José Luis Abellán, estaba en posesión de algunas de estas claves como hoy sabemos. De ahí salieron sus principales trabajos publicados en la propia revista, en su editorial OCNOS o en la editorial de la revista. Versan sobre la propia Zambrano, sobre Machado y sobre figuras sobresalientes del exilio. Hoy sabemos de su relevancia⁸⁴.

Puede decirse lo mismo, en un plano intelectual vinculado al compromiso moral, de la *Historia Crítica del Pensamiento Español* que hereda junto a la deuda de la

⁸³ Mora, J.L., “Una novela desconocida de Blas Zambrano: *Columnas rotas*” en *Actas del III Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la Edad de Plata de la cultura española*, Vélez Málaga, Fundación María Zambrano, 2004, pp. 276-84; Mora, J.L., “Los años segovianos de Blas Zambrano. Origen y consumación de la razón poética”, Sánchez Cuervo, A., Sánchez Andrés, A., Sánchez Díaz, G., *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Comunidad de Madrid/Universidad michoacana de México, 2004, pp. 55-80.

⁸⁴ Hermida, F., “Pablo de Andrés Cobos” en Mora, J.L. y Moreno, J.M., o.c., pp. 337-61.

estancia de su autor en Puerto Rico y su contacto con Gaos, entre otros, tanto o más la mantenida con el espíritu y la orientación de *Ínsula*⁸⁵ donde la escritura trazó los suficientes puentes como para que hoy podamos entender las causas de aquella tragedia. Sin aquel esfuerzo, situado en los márgenes de la España franquista, esto no hubiera sido posible.

Si Nicol utilizó el término “filosofía hispánica” aunque fuera para hablar de su realidad problemática (que lo es menos leyendo entre líneas su libro) me parece significativo que fuera en un artículo de *Ínsula*, donde de manera explícita se utiliza el término “hispanismo” en relación con la filosofía por vez primera: “Alain Guy o el hispanismo en filosofía”⁸⁶.

+++

Ínsula es una realidad viva afortunadamente. Cierro este estudio con la publicación del número doble, 667-668, bajo el título “La otra orilla del español: Las literaturas hispánicas de los Estados Unidos”. Algo más que un presagio, una expansión sostenida. Por eso tienen pleno sentido las palabras de Mainer cuando afirma que “*Ínsula* fue, desde su propio nombre, una revista de emergencia, seguramente impensable en otra situación que no fuera la de libertad vigilada. Pero fue, decíamos, una contribución esencial para el futuro”⁸⁷. Ese es el tiempo que ahora nos pertenece a la revista y a sus actuales lectores.

Madrid, junio 2006

⁸⁵ Estos aspectos no pasaron desapercibidos para Pablo de A. Cobos, Laureano Bonet y Martínez Torrón en las cinco reseñas que sobre las principales obras de José Luis Abellán de aquellos aparecieron en la propia revista.

⁸⁶ N° 349, 1975

⁸⁷ O.c., p. 47.